

# *El pensamiento cristiano a inicios del siglo XXI: Juan Pablo II. Aspectos teológicos*

María LACALLE NORIEGA

La realidad europea a inicios del tercer milenio está llena de luces y de sombras. Se pueden encontrar muchos aspectos positivos, pero también hay numerosos signos preocupantes. Entre estos últimos, Juan Pablo II destaca «la pérdida de la memoria y de la herencia cristianas, unida a una especie de agnosticismo práctico y de indiferencia religiosa, por lo cual muchos europeos dan la impresión de vivir sin base espiritual y como herederos que han despilfarrado el patrimonio recibido a lo largo de la historia» (EiE 7). En estos tiempos oscuros y desesperanzadores para la Iglesia en Europa, en los que se está produciendo una progresiva descristianización y en los que se quiere negar hasta sus raíces cristianas, el Espíritu Santo ha suscitado un Papa extraordinario que ha introducido al pueblo de Dios en el siglo XXI con un renovado impulso vital.

«La principal clave hermenéutica para comprender mi pontificado es la preparación para el año 2000» (TMA 23). Desde el principio, Juan Pablo II es consciente de que sería el encargado de conducir a la Iglesia hacia el tercer milenio (cfr. RH 1)<sup>1</sup> y de que debía suscitar en ella una especial sensibilidad a la voz del

---

<sup>1</sup> Las encíclicas y documentos son citados en este artículo conforme a las siguientes siglas:

CA: *Centesimus annus* (1991).  
 DM: *Dives in misericordia* (1980).  
 DV: *Dominum et vivificantem* (1986).  
 EE: *Ecclesia de Eucharistia* (2003).  
 EiE: *Ecclesia in Europa* (2003).  
 EV: *Evangelium vitae* (1995).  
 FC: *Familiaris consortio* (1981).  
 FR: *Fides et ratio* (1998).  
 GrS: *Gratissimam sane* (1994).  
 LE: *Laborem exercens* (1981).  
 NM: *Novo millenio ineunte* (2001).  
 RH: *Redemptor hominis* (1979).

Espíritu (cfr. DV 49 ss). Todos sus esfuerzos, durante más de veinte años, han estado dedicados a esta tarea.

En el cristianismo el tiempo tiene una importancia fundamental. En él tiene lugar toda la obra de la creación y de la salvación. La Revelación de Cristo ofrece al hombre la verdad última sobre su propia vida y sobre el destino de la historia (FR 12). Verdad inmutable y universal, aunque se haya expresado en la historia. Y el hombre, con la gracia del Espíritu Santo va penetrando en la palabra de Dios y obteniendo cada vez mayores profundidades. El tiempo y la historia son para el pueblo de Dios un camino que hay que recorrer por entero, de forma que la verdad revelada exprese en plenitud sus contenidos gracias a la acción incesante del Espíritu Santo: la Iglesia camina a través de los siglos hacia la plenitud de la verdad (FR 11).

Pero este caminar de la Iglesia no es uniforme y lineal, sino que está marcado por la presencia de tiempos fuertes, momentos de especial intensidad en los que la misericordia de Dios se manifiesta con mayor profundidad, o en los que el ser humano es capaz de penetrar con más fecundidad en el misterio de Dios. Esto es patente en la Liturgia, que con sus ciclos y sus tiempos nos ayuda a revivir los misterios de la vida de Cristo. Desde esta perspectiva se comprende bien el significado especial del año 2000. Así lo vio el Papa desde el principio: «Había pensado en este Año Santo 2000 como un momento importante desde el inicio de mi pontificado» (NMI 2). En una fecha tan señalada y sin caer en ninguna veleidat milenarista, el Papa propuso a la Iglesia la celebración de un Jubileo universal, y, durante los años previos, fue conduciendo a todos los cristianos hacia un verdadero encuentro con Cristo.

A lo largo de la historia de la humanidad van transcurriendo los tiempos, no como momentos fantasmales que pasan y dejan de existir, sino marcando y con-

---

RMa: *Redemptoris Mater* (1987).

RMi: *Redemptoris missio* (1990).

RVM: *Rosarium Virginis Mariae* (2002).

SD: *Salvifici doloris* (1984).

SA: *Slavorum apostoli* (1985).

SR: *Sollicitudo rei socialis* (1987).

TMA: *Tertio millennio adveniente* (1994).

UU: *Ut unum sint* (1995).

VS: *Veritatis splendor* (1993).

figurando el tiempo que ha de venir. Hay tiempos vivos, plenos de autenticidad, momentos significativos que configuran y estructuran de manera radical el futuro. Son esos grandes descubrimientos, esos espantosos sufrimientos, esos instantes de luz y de genialidad, los que hacen que la humanidad vaya madurando y avanzando en el conocimiento de la verdad. Juan Pablo II es una de esas personas que influyen decisivamente en su tiempo, y que dejan huella. Como Pastor de la Iglesia, la ha guiado hacia uno de esos momentos fuertes y significativos, y ha propiciado el que los cristianos de todo el mundo hayan podido vivir una intensa y fecunda experiencia del misterio de Cristo en el horizonte de la historia de la salvación. Todo esto, sin duda, marcará el futuro de la Iglesia y dará frutos abundantes.

Juan Pablo II resalta en sus escritos la feliz coincidencia que supuso la celebración del Jubileo con el 35 aniversario del Concilio Vaticano II. El Papa considera que el Concilio es el gran don de gracia que la Iglesia ha recibido en el siglo XX: «con este acontecimiento providencial se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el milenio que comienza» (NMI 57).

El Concilio ha aportado a la doctrina y a la vida de la Iglesia un gran impulso. Es cierto que también se han derivado de él muchas confusiones, lo cual hay que considerarlo como algo normal después de semejante inyección de energía vital. Pero, a pesar de los pequeños brotes de duda, de derrumbamiento y de crisis que se han manifestado (RH 5), hay que reconocer que el Concilio ha sido, ciertamente, un acontecimiento providencial. Se puede decir que marca una época nueva en la vida de la Iglesia, aunque no es, obviamente, una ruptura, sino una continuación y superación de lo precedente. En la historia de la Iglesia lo «viejo» y lo «nuevo» se entrelazan íntimamente, pues lo «nuevo» brota de lo «viejo», y lo «viejo» encuentra en lo «nuevo» su expresión más plena (TMA 18). Continuidad y renovación son una prueba de la perenne validez de la enseñanza de la Iglesia.

La Iglesia está arraigada en el tiempo y en el espacio, y peregrina a través de la historia hasta su cumplimiento definitivo. Su programa, conducir todas las cosas hacia Cristo, no cambia con el variar de los tiempos y de las culturas, pero ha de tener en cuenta el tiempo y la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz (NMI 29). Cada tiempo tiene unas exigencias diversas, plantea cuestiones originales y novedosas y, por tanto, exige nuevos enfoques y perspectivas. Por eso la Iglesia está siempre atenta a los signos de los tiempos, y el Espíritu, que atiende a las necesidades de la Iglesia y la va guiando por los caminos del tiempo y de la historia (cfr. FR 72), ha suscitado al final del segundo mi-

lenio un gran Pastor que ha conducido al Pueblo de Dios hacia una nueva primavera.

En este tiempo presidido por el secularismo y por el olvido de Dios, en el que sólo el ateísmo parece tener derecho de ciudadanía, Juan Pablo II nos invita a profundizar en el misterio de Dios a través de las tres encíclicas trinitarias, *Redemptor hominis* (1979), *Dives in misericordia* (1980) y *Dominum et vivificantem* (1986).

En un mundo en el que el hombre no sabe quién es, y no tiene respuestas para los enigmas principales de la vida, el Papa responde con sus encíclicas más antropológicas. Frente al desprecio de la vida y la cultura de la muerte, el Papa nos ofrece la *Evangelium vitae* (1995). Frente al relativismo y las dudas sobre la capacidad de la razón para conocer la verdad, el Papa nos regala la *Fides et ratio* (1998). Ante la confusión moral que nace de un concepto equivocado de libertad, el Papa contesta con la *Veritatis splendor* (1993). Frente al hedonismo imperante que considera que la vida sólo tiene valor en la medida en que se puede disfrutar, el Papa proclama el Evangelio del sufrimiento en la carta apostólica *Salvifici doloris* (1984).

En un mundo aferrado al individualismo radical y en el que se exalta el «yo» por encima de todo, el Papa nos recuerda que el hombre sólo se puede realizar en el amor, en la entrega, en la apertura a los demás, en el don del propio «yo». Juan Pablo II ha enriquecido a la Iglesia con un extenso y valioso magisterio sobre el matrimonio y la familia, que son la primera expresión del amor. Amor que debe presidir también las relaciones sociales. A la cuestión social dedica el Papa tres encíclicas: *Laborem exercens* (1981), *Sollicitudo rei socialis* (1987) y *Centesimus annus* (1991). En ellas manifiesta la primacía del hombre sobre los medios de producción, la primacía del trabajo sobre el capital y la primacía de la ética sobre la técnica.

En un mundo en el que hablar de la verdad del mensaje cristiano resulta ofensivo y prepotente, el Papa proclama que la Iglesia es sacramento universal de salvación, depositaria de la verdad de Cristo. Al tema de la Iglesia el Papa le dedica también tres encíclicas: *Redemptoris missio* (1990), *Ut unum sint* (1995), y *Slavorum apostoli* (1985), en las que se habla de la misión *ad gentes* y del diálogo ecuménico, respectivamente. También es importante mencionar aquí la *Ecclesia de Eucharistia* (2003), que insiste en la comunión que debe crear la Iglesia, y que se deriva del sacrificio eucarístico.

En un mundo que sospecha de Dios, que no confía en Él, que no tiene fe, el Papa propone a María como modelo de creyente en la encíclica *Redemptoris Mater* (1987), pero la Santísima Virgen está presente en todas sus enseñanzas.

Con estas catorce encíclicas, que constituyen una fuente doctrinal casi inagotable, y con otros muchos documentos de todo tipo, el Papa ha ido conduciendo a la Iglesia hacia la verdad plena. La voz de Juan Pablo II resuena clara y rotunda, como la auténtica estrella polar que guía a todos los cristianos y hombres de buena voluntad.

Pero ¿hacia dónde nos guía el Papa? Nos conduce hacia Dios, hacia «la casa del Padre» (cfr. Jn 14, 1 ss). El hombre es el centro del universo, el origen y el fin de todas las instituciones sociales, el camino de la Iglesia. Pero el hombre sólo alcanza su sentido y su plenitud en Dios. Para conocer al hombre no hay que partir desde abajo, desde sus instintos, sus pasiones, sus limitaciones. Hay que partir desde lo más alto, desde Dios, y sólo desde esta perspectiva divina podemos descubrir lo que es el hombre y el sentido de su vida. El hombre halla en Dios la plena realización de sí: esta es la verdad revelada por Cristo (TMA 9), y por este camino nos conduce el Papa.

¿Y cuál es el camino hacia el Padre? El Papa respondió a esta pregunta en su primera encíclica: Jesucristo es nuestro camino hacia el Padre, y es también el camino hacia cada hombre (RH 13). El magisterio de Juan Pablo II se presenta como una unión indisoluble de teocentrismo, cristocentrismo y antropocentrismo. Sólo desde Jesucristo podemos llegar a Dios, y sólo en Jesucristo podemos entender al hombre.

El hombre necesita redescubrir que sólo en Jesucristo se puede responder a los enigmas principales de la vida. En la raíz de la pérdida de la esperanza y del miedo al futuro que atenaza a muchos europeos está el intento de hacer prevalecer una antropología sin Dios y sin Cristo. Esta forma de pensar ha llevado a considerar al hombre como el centro absoluto de la realidad, haciéndolo ocupar falsamente el lugar de Dios y olvidando que no es el hombre el que hace a Dios, sino que es Dios quien hace al hombre. La cultura europea da la impresión de ser una apostasía silenciosa por parte del hombre autosuficiente que vive como si Dios no existiera (EiE 9). Ante esta triste realidad, el Papa no cesa de exhortar a todos los hombres a que vuelvan a poner a Dios en el centro de sus vidas, porque sólo en Dios y en Cristo podrán conocer y responder a las auténticas aspiraciones del ser humano.

Hay un pasaje de la Constitución dogmática *Gaudium et spes* que parece constituir el punto de partida de todas sus enseñanzas. Se trata del número 22, donde se dice: «En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado». En casi todas sus encíclicas se cita expresamente este pasaje del Concilio (cfr., p.e., RH 8; RVM 25; FR 13; VS 2; 28; RMa 4; NMI 23) y todas sus enseñanzas parecen volver una y otra vez sobre esta importante realidad: el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio de Cristo. Sólo siguiendo el camino de Cristo podemos situarnos ante la imagen del verdadero hombre.

Evidentemente, resulta muy difícil sintetizar en unas pocas páginas el pensamiento teológico de Juan Pablo II. Más que difícil, resulta imposible. No obstante, vamos a intentar comentar a grandes rasgos las líneas maestras de su enseñanza. Vamos a ver cómo desde un profundo conocimiento del mundo contemporáneo y del corazón humano, el Papa Juan Pablo II habla de Dios y del hombre y nos da las claves para penetrar profundamente en el misterio de la vida y de la muerte.

## JESUCRISTO

No es de extrañar, por tanto, que el Papa inaugurase su magisterio pontificio con una encíclica que pretende transmitir la verdad sobre el hombre, verdad que nos es revelada en Cristo en toda su plenitud y profundidad. Se trata de la encíclica *Redemptor hominis*, piedra angular de todo su magisterio posterior, pues en ella se esbozan ya las líneas maestras de sus enseñanzas.

El hombre del siglo XXI se pregunta, igual que el hombre de todos los siglos, ¿hacia dónde he de dirigirme? La respuesta de Juan Pablo II es clara: «la única orientación del espíritu, la única dirección del entendimiento, de la voluntad y del corazón es para nosotros esta: hacia Cristo, Redentor del hombre; hacia Cristo, Redentor del mundo» (RH 7).

Y es que la respuesta decisiva a cada interrogante del hombre la da Jesucristo, mejor dicho, la respuesta misma es Jesucristo. El cristianismo tiene su centro y su contenido en la persona de Cristo, el Verbo hecho carne, único salvador del mundo.

El punto de referencia para comprender el enigma de la existencia humana es el misterio de la Encarnación. A partir de ahí se puede trazar una antropolo-

gía que nos conduce hacia Dios, hacia la meta de la divinización, a través de la incorporación a Cristo del hombre redimido. Sólo porque el Hijo de Dios se hizo verdaderamente hombre, el hombre puede, en él y por medio de él, llegar a ser realmente hijo de Dios (NMI 23).

En otros tiempos lo que planteaba problemas era la naturaleza humana de Cristo. En el ambiente racionalista de nuestra época lo que plantea problemas es su divinidad. Pero para la fe cristiana es esencial e irrenunciable afirmar que Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre.

La razón no puede demostrar esto, y ni siquiera la fe nos permite comprenderlo del todo. El conocimiento de fe permite penetrar el misterio (FR 13) pero no lo anula; sólo lo hace más evidente y lo manifiesta como hecho esencial para la vida del hombre, porque Cristo manifiesta plenamente el hombre al propio hombre. Y es preciso darse cuenta de que Jesucristo habla a todos los hombres: a los que creen en Él y a los que no creen. Habla como hombre, con su misma vida, su humanidad, su fidelidad a la verdad, su amor que abarca a todos, su muerte en cruz, su sufrimiento y su abandono (RH 7). Jesucristo, el hombre perfecto, manifiesta el hombre al propio hombre, a todo hombre.

## *DIOS PADRE*

La apertura a Cristo, que en cuanto Redentor del mundo «revela plenamente el hombre al propio hombre», no puede llevarse a efecto más que a través de una referencia cada vez más madura al Padre y a su amor (DM 1). Dios rico en misericordia es el que Jesucristo nos ha revelado como Padre (DV 1). Un Dios que ama a los hombres y que perdona siempre. Un Dios que sale en busca del hombre para invitarle a vivir en su compañía. Un Dios que, como el padre del hijo pródigo, espera, perdona, ama, a pesar de todas las traiciones.

El cristianismo se diferencia radicalmente de las demás religiones porque no es una búsqueda de Dios por parte del hombre, sino una búsqueda del hombre por parte de Dios. El cristianismo comienza con la encarnación del Verbo, que es enviado al mundo por el Padre. En Jesucristo Dios no sólo habla al hombre, sino que lo busca: Dios busca al hombre movido por su corazón de Padre. Lo busca porque el hombre se ha alejado de Él. Satanás lo ha engañado, le ha hecho creer que puede ser como Dios y que puede conocer y establecer el bien y el mal a su conveniencia, gobernando el mundo caprichosamente y sin contar con la

voluntad de Dios (TMA 6 y 7). Pero, a pesar del rechazo y de la ingratitud del hombre, Dios no cesa de buscarlo y de amarlo.

Dios ha revelado su misericordia desde los comienzos, tanto con hechos como con palabras (DM 4). Pero es sobre todo contemplando a Cristo como contemplamos la santidad y misericordia del Padre. Especialmente el corazón de Cristo (DM 13). Posiblemente las revelaciones recibidas por Santa Faustina Kovalska influyeron decisivamente en la devoción del Papa hacia la Divina Misericordia. De hecho se pueden encontrar muchos puntos de contacto entre la encíclica *Dives in misericordia* y el *Diario* de sor Faustina en el que escribe, a instancias del propio Cristo, que su deseo es salvar a todos los hombres y derramar su misericordia en nuestros corazones. Sólo es necesario que confiemos en su bondad, que nos acerquemos a Él con un corazón arrepentido, y nos encontraremos con su abrazo amoroso.

Jesucristo manifiesta el amor inmenso que Dios nos tiene (RH 9). Esto es algo central en el cristianismo. Podemos incluso afirmar que no se puede ser cristiano si no se experimenta de algún modo el amor personal de Dios manifestado en Cristo. Ser cristiano no es evitar pecados obsesivamente, sino que es, fundamentalmente, dejarse amar por Dios.

## ESPÍRITU SANTO

El Papa nos anima a penetrar cada vez más en el misterio de Dios: al Padre, por Cristo, en el Espíritu Santo. La encíclica *Dominum et vivificantem* pretende desarrollar en la Iglesia la conciencia de que en ella el Espíritu Santo la impulsa a cooperar para que se cumpla el designio de Dios, quien constituyó a Cristo principio de salvación para todo el mundo (DV 2).

Hay una relación íntima entre la misión del Hijo y la del Espíritu, pues el Espíritu Santo es enviado al mundo a completar la obra del Hijo (DV 22). La redención es realizada totalmente por el Hijo; y esta redención es actualizada constantemente en los corazones y en las conciencias humanas —en la historia del mundo— por el Espíritu Santo, que es el «otro Paráclito» (DV 24).

Por una parte, el Espíritu Santo es el maestro de la misma Buena Nueva que Cristo anunció, y actúa en la historia del hombre asegurando de modo permanente la transmisión fiel y la irradiación de la Buena Noticia revelada por Jesús (DV 7).



Por otra parte, el Espíritu Santo convence al mundo en lo referente al pecado. Aquí descubrimos una doble dádiva: el don de la verdad de la conciencia y el don de la certeza de la redención (DV 31).

El pecado es un rechazo de Dios, una ofensa a Dios. Por eso el misterio del pecado sólo se puede comprender ante el misterio de amor de Dios. Sólo ante la cruz de Cristo se presenta en toda su gravedad y maldad el pecado por el «misterio de la impiedad» que contiene y encierra en sí (DV 32). Convencer en lo referente al pecado quiere decir demostrar el mal contenido en él, lo que equivale a demostrar el misterio de la impiedad. El Espíritu Santo nos convence en lo referente al pecado porque nos permite conocer y creer a Cristo.

El Espíritu Santo además da al hombre como don la conciencia y la ilumina para que el hombre pueda conocer la verdad. El Espíritu nos conduce a la verdad plena, mientras que Satanás, el padre de la mentira, trata de conducir al hombre al pecado, falseando la verdad del hombre y la verdad de Dios. El espíritu de las tinieblas presenta a Dios como una limitación para el hombre, como un enemigo, y presiona constantemente al hombre para que se aleje de Dios (DV 37 y 38).

Hemos dicho antes que en la encíclica dedicada a Dios Padre el Papa resalta por encima de todo su misericordia. Dios, rico en misericordia y lento a la ira, perdona todo pecado, cualquier pecado, con tal de que haya arrepentimiento. Sólo hay un pecado que no tiene perdón: la blasfemia contra el Espíritu Santo. Es imperdonable porque es el rechazo de aceptar la salvación que Dios ofrece al hombre por medio del Espíritu Santo, que actúa en virtud del sacrificio de la Cruz (DV 46). Es la dureza del corazón del hombre que se empeña en perseverar en el mal, en el pecado, y así rechaza la redención. En nuestro tiempo, a esta actitud de mente y de corazón corresponde quizás la pérdida del sentido del pecado, que ya fue denunciada por Pío XII como el mal de nuestro siglo, y que está acompañada por la pérdida del sentido de Dios (DV 47). En efecto, si el pecado sólo se puede comprender ante el amor de Dios, la ausencia de Dios en la vida de los hombres lleva aparejada la pérdida del sentido del pecado. Todo hombre debe ser invitado a creer en el amor misericordioso de Dios por él y a convertirse (RMi 13), porque la conversión es siempre fruto del encuentro con el amor de Dios (DM 13).

## AMOR

Dios, en su vida íntima, es amor, amor esencial, común a las tres Personas divinas (DV 10). El Padre, el Hijo y el Espíritu viven una comunión tan perfecta que los Tres son verdaderamente Uno en el amor.

El hombre ha sido creado por Dios, que es amor, y es sostenido en el ser constantemente por el amor de Dios. Y el fin último de nuestra existencia no es otro que el amor. Por eso en el amor está la realización más completa de las posibilidades del ser humano. Sólo en el amor podemos encontrar la plenitud de nuestra vida y de nuestro ser. El amor es la vocación fundamental e innata de todo ser humano (FC 11).

«El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprendible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente» (RH 10).

El hombre y la mujer sólo pueden encontrar su propia plenitud en la entrega sincera a los demás (FC 13). Conforme a la paradoja evangélica, la vida es para entregarla. Jesucristo lo enseñó con sus palabras y con su ejemplo, pues amó a los hombres hasta la entrega de la vida. Se puede decir que en la Cruz está la plenitud del amor, pues «nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15, 13). Jesucristo enseña y proclama que la vida encuentra su centro, su sentido y su plenitud cuando se entrega (EV 51).

Por eso Cristo revela plenamente el hombre al mismo hombre (RH 10), pues en Él encontramos el modelo de «hombre para los otros», es decir, del hombre que se realiza no en el cierre egoísta del propio individualismo, sino en el don generoso de sí mismo. El hombre que quiera comprenderse a sí mismo debe acercarse a Cristo. Y el Espíritu hace que el hombre pueda encontrarse en la entrega sincera de sí mismo a los demás (DV 59).

La primera expresión de la vocación al amor que está inscrita en el corazón del ser humano es el matrimonio. Juan Pablo II ha dedicado numerosos documentos al matrimonio y a la familia, y ha llamado reiteradamente la atención sobre esta cuestión, que es vital para el futuro de la humanidad, pues excede el ámbito meramente privado e incide de manera decisiva en la vida de la sociedad y de la misma Iglesia. Como comunión de personas en la que cada uno es amado por sí mismo, se vive la verdad de la persona y se busca el bien de cada uno y de la comunidad, la familia constituye la base y el corazón de la civilización del amor. Es la mejor defensa contra el individualismo exacerbado que desemboca siempre en utilitarismo, pues en la familia se vive la entrega a los demás y no el cálculo y la utilización egoísta de unos por otros (GrS 14).

El cometido fundamental de la familia es el servicio a la vida (FC 28). En la encíclica *Evangelium vitae* el Papa anuncia el Evangelio de la vida que defiende el valor incomparable de cada persona humana y su carácter inviolable. En realidad, el Evangelio del amor de Dios al hombre, el Evangelio de la dignidad de la persona y el Evangelio de la vida son un único e indivisible Evangelio (EV 2). Sólo desde una cultura de la vida se puede edificar una auténtica civilización de la verdad y del amor (EV 6).

La vocación al amor del ser humano se expresa primero en la relación interpersonal hombre-mujer y en la familia, pero se extiende también al grupo, la comunidad, el pueblo, la nación, el Estado. Por eso la cuestión social ocupa también un lugar importante en el magisterio pontificio.

En los últimos años el mundo ha experimentado un desarrollo muy rápido. A pesar de todos los avances técnicos y científicos nos podemos hacer la pregunta: ¿estamos construyendo un mundo más humano? (RH 15). La verdad es que cada vez nos encontramos más lejos de las exigencias objetivas del orden moral y, sobre todo, del amor social.

Lo que hay que buscar es el desarrollo de las personas y no de las cosas. Se trata de «ser más», no de «tener más» (RH 16). Pero la realidad actual es que unos no pueden llegar a ser porque carecen de lo más indispensable, y otros porque sólo piensan en tener. Pues el exceso de opulencia es tan nocivo para el hombre como el exceso de pobreza.

Como ya hemos señalado antes, uno de los principales retos actuales es el deber de comprometerse en la defensa del respeto a la vida de cada ser humano desde su concepción hasta su muerte natural. No se puede hablar de progreso cuando no se defiende lo más básico, la vida, especialmente la vida de los más débiles e indefensos (cfr. CA 39, 47, 54).

## *SUFRIMIENTO*

El problema es que hoy día no se reconoce el valor intrínseco de la vida, de manera que ésta sólo se considera digna de ser vivida cuando resulta cómoda y agradable. El sufrimiento es considerado un mal absoluto e inhumano del que hay que huir por todos los medios, incluso quitando la vida al que sufre.

Sin embargo, el sufrimiento pertenece al misterio del hombre, es casi inseparable de su existencia terrena, y como todo lo que contempla el misterio del hombre, sólo se puede comprender desde el misterio del Verbo encarnado. Precisamente, en el tema del sufrimiento, «manifestar el hombre al hombre y descubrirle la sublimidad de su vocación» es particularmente indispensable. Porque el sufrimiento es particularmente dramático. Pero cuando se realiza en plenitud y se convierte en luz para la vida humana, llega a ser particularmente alegre. Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte (SD 31).

Por muy extraño que pueda parecer a primera vista, el porqué del sufrimiento sólo se puede comprender desde el amor (cfr. SD 13), pues el amor fue lo que condujo a Cristo a la Cruz (SD 20). Pero, ¿por qué la Cruz? ¿Por qué esa muerte tan espantosa?

Jesucristo es el único Salvador de todos los hombres. Salvar significa liberar del mal, pero del mal radical, definitivo, que es la pérdida de la vida eterna, el ser rechazado por Dios, la condenación. Para salvarnos de este mal radical y absoluto el Hijo debe tocar el mal en sus mismas raíces trascendentales, que están fijadas en el pecado (cfr. SD 14).

Todo el mal y el sufrimiento que hay en el mundo son producto del pecado del hombre, no de la voluntad de Dios. Cristo se carga con los pecados de los hombres voluntariamente, por amor. Y al cargar con todo el pecado del mundo sufre como nadie ha sufrido. El mal total del pecado determinó la medida incomparable del sufrimiento de Cristo que se convirtió en el precio de la redención (SD 19).

En la cruz de Cristo no sólo se ha cumplido la redención mediante el sufrimiento, sino que el mismo sufrimiento humano ha sido redimido. Cristo ha sufrido en vez del hombre y por el hombre, y todo hombre está llamado también a participar en ese sufrimiento mediante el cual se ha llevado a cabo la redención. La redención, aunque ha sido ya realizada por Cristo completamente y hasta el final, al mismo tiempo no está cerrada, sino que permanece abierta a todo amor que se expresa en el sufrimiento humano. De manera que, en esta dimensión del amor, cada sufrimiento humano, en virtud de la unión en el amor con Cristo, completa el sufrimiento de Cristo (SD 24).

Al igual que Cristo en la debilidad manifestó su poder y en la humillación su grandeza, mediante el sufrimiento el hombre puede manifestar su grandeza

moral y su madurez espiritual (SD 22). El hombre se vigoriza espiritualmente en medio de las pruebas. La tribulación produce paciencia, esperanza, perseverancia (SD 23). Y la fuerza divina se hace patente en medio de la debilidad humana, porque Cristo no abandona al hombre que sufre. Cristo ayuda al que sufre con una gracia especial que le permite afrontar el dolor y el sufrimiento con confianza e, incluso, con alegría.

Sabemos que Cristo ha vencido el pecado y la muerte con su resurrección, y que los que participan de los sufrimientos de Cristo participarán también de su gloria (SD 22). Pero la victoria sobre el pecado y la muerte, conseguida por Cristo con su cruz y resurrección no suprime los sufrimientos temporales de la vida humana. Por eso Jesús nos enseña cuál debe ser la relación de cada hombre con el que sufre, y lo hace a través de la parábola del buen samaritano, que es todo hombre que se para junto al sufrimiento de otro hombre. Todo aquél que se da a sí mismo, su propio «yo», abriendo este «yo» al otro. Este es el único camino hacia la felicidad: el amor, la apertura, la donación. El Papa nos lo recuerda con insistencia: el hombre no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera a los demás (SD 28).

Se podría decir que el sufrimiento está presente en el mundo para irradiar el amor al hombre, precisamente este desinteresado don del propio «yo» a favor de los demás hombres, de los hombres que sufren. El sufrimiento presente en el mundo provoca el amor, hace nacer obras de amor al prójimo, posibilita la transformación de la civilización humana en la «civilización del amor». En este amor el significado salvífico del sufrimiento se realiza totalmente y alcanza su dimensión definitiva (SD 30).

En el relato del juicio final Jesús nos muestra cuán importante es, en la perspectiva de la vida eterna de cada hombre, el detenerse, como hizo el buen samaritano, junto al sufrimiento de su prójimo, el tener «compasión» y finalmente el dar ayuda. Sin olvidar que en todos los sufrimientos humanos está el sufrimiento redentor de Cristo, y que Él mismo es el que en cada uno experimenta el amor (SD 30).

El sentido del sufrimiento es a la vez sobrenatural, porque se arraiga en el misterio divino de la redención del mundo, y profundamente humano, porque en él el hombre se encuentra a sí mismo, su propia humanidad, su propia dignidad y su propia misión.

## LIBERTAD

Así como el sufrimiento se rehuye y se desprecia totalmente en nuestros días, la libertad parece ser una conquista innegable de nuestro tiempo, al menos en las sociedades occidentales. Sin embargo, no todo lo que los hombres ven y propagan como libertad es verdadera libertad. Hoy día se considera a veces erróneamente que la libertad es un fin en sí misma, que todo hombre es libre cuando usa de ella como quiere (RH 21). Se identifica la libertad con una fuerza autónoma y ciega, desvinculada de la verdad, del amor y de cualquier obligación. En esta perspectiva se ha llegado a exaltar la libertad hasta el extremo de considerarla como un absoluto, que sería la fuente de los valores (VS 32).

Paradójicamente, también se pone en duda la misma libertad afirmando que el hombre está lleno de condicionamientos que le impiden ser verdaderamente libre (VS 33).

En la encíclica *Veritatis splendor* el Papa afirma con fuerza la libertad humana, la verdadera libertad, que es, precisamente, un signo evidente de la imagen divina en el hombre. «Quiso Dios dejar al hombre en manos de su libre albedrío, de modo que busque sin coacciones a su Creador y, adhiriéndose a él, llegue libremente a la plena y feliz perfección» (VS 34).

Por tanto, para alcanzar la auténtica libertad el hombre debe buscar la verdad, debe buscar a Dios. Y esta búsqueda es un derecho y un deber para todo ser humano (VS 34). La auténtica libertad exige una relación honesta con la verdad (RH 12; VS 34): «Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (Jn 8, 32). Verdad y libertad o bien van juntas o juntas perecen miserablemente (FR 90). Por eso la libertad no se realiza en las opciones contra Dios (FR 13).

## FE Y MORAL

El problema de la libertad es la cuestión central de la pregunta moral. De hecho, la pregunta moral ni siquiera existiría si no fuéramos libres. Pero somos libres. Por eso la pregunta moral es una pregunta decisiva, de pleno significado para la vida. No se refiere únicamente a las reglas que hay que observar, sino a algo mucho más profundo. Es la aspiración central de toda decisión y de toda acción humana, la búsqueda secreta y el impulso íntimo que mueve la libertad (VS 7).

Hoy día es frecuente la postura de aquellos que se dicen católicos pero se comportan como ateos. Consideran, equivocadamente, que en cuestiones de moral la Iglesia no tiene nada que decir. Por eso lo primero que hay que decir es que hay un nexo intrínseco indisoluble entre fe y moral, de manera que la pertenencia a la Iglesia no es una cuestión exclusivamente de fe, sino también de moral (VS 4).

Pero la cuestión moral no afecta sólo a los católicos, sino que incide profundamente en cada hombre; implica a todos, incluso a quienes no conocen a Cristo ni su evangelio, ni siquiera a Dios. En primer lugar, porque la moral cristiana es el único camino para una realización plena del ser humano. Cristo es la única respuesta que satisface plenamente el corazón humano. El hombre que quiera comprenderse hasta el fondo a sí mismo debe, con su inquietud, incertidumbre e incluso con su debilidad y pecaminosidad, con su vida y con su muerte, acercarse a Cristo (VS 8; RH 10). En segundo lugar, porque por la senda de la vía moral está abierto a todos el camino de la salvación (VS 3).

En la encíclica *Veritatis splendor*, y a partir del encuentro del joven rico con Jesús, el Papa aborda la pregunta sobre el bien moral, y nos muestra cómo Jesús conduce al joven como de la mano, paso a paso, hacia la verdad plena (VS 8).

Los contenidos esenciales de la Revelación sobre el comportamiento moral son:

1. *La subordinación del hombre y de su obrar a Dios*: Los seres humanos no somos dioses, somos criaturas de Dios y, por consiguiente, estamos en total dependencia ontológica y ética del Creador (DV 44). Por tanto, si queremos preguntar sobre el Bien, tenemos que dirigirnos a Dios, que es la plenitud de la bondad (VS 9). Pero Dios ya respondió a esta pregunta: lo hizo creando al hombre y ordenándolo a su fin con sabiduría y amor, mediante la ley inscrita en su corazón, la ley natural (VS 12), que es nuestra participación en la sabiduría divina.
2. *La relación entre el bien moral de los actos humanos y la vida eterna*: el joven rico se da perfecta cuenta de que hay una conexión entre el bien moral y el pleno cumplimiento del propio destino, y por eso pregunta: ¿qué he de hacer para conseguir la vida eterna? (VS 8). El Papa advierte que hay que rechazar la distinción, introducida por algunos moralistas cristianos, entre un orden ético —que tendría origen humano y valor solamente mundano—, y un orden de la salvación, para el cual tendrían importancia sólo algunas intenciones y actitudes interiores ante

Dios y el prójimo (VS 37). Sólo hay un orden moral, que se funda en la ley de Dios. La obediencia a la ley de Dios indica al hombre el camino de la vida eterna, y a ella conduce (VS 12).

3. *El seguimiento de Cristo, que abre al hombre la perspectiva del amor perfecto.* La regla básica de la moral cristiana es el propio Jesús: su modo de actuar y sus palabras, sus acciones y sus preceptos. Para el cristiano Jesús mismo es el cumplimiento vivo de la ley, ya que Él realiza su auténtico significado en el don total de sí mismo: Él mismo se hace ley viviente y personal. En definitiva, se trata de adherirse a la persona misma de Jesús, de configurarse con Él, de hacerse conforme a Él, participando de su obediencia libre y amorosa al Padre. Por eso el cristiano auténtico debe superar una interpretación legalista de los mandamientos, como si fueran un límite mínimo que no hay que sobrepasar, y debe entenderlos y vivirlos más bien como una senda abierta para un camino moral y espiritual de perfección, cuyo impulso interior es el amor (VS 15). Jesús nos pide que seamos perfectos en el mandamiento del amor, que imitemos y revivamos su amor amando «hasta el extremo» (VS 20).
4. *El don del Espíritu Santo, fuente y fuerza de la vida moral del hombre nuevo (VS 28).* La llamada de Jesús a su seguimiento puede asustarnos, como asustó al joven rico y a los mismos discípulos, pues el amor radical y perfecto que nos pide no es posible para el hombre con sus solas fuerzas. Pero el Maestro pone ante sus ojos y ante los nuestros el poder de Dios, para quien todo es posible (VS 22). El hombre se hace capaz de este amor sólo gracias a un don recibido: el don de Cristo es su Espíritu, cuyo primer fruto es la caridad. Quien vive según la carne siente la ley de Dios como un peso, incluso como una restricción de la propia libertad. En cambio, quien está movido por el amor y vive según el Espíritu, encuentra en la ley de Dios el camino fundamental y necesario para practicar el amor libremente elegido y vivido. Es un camino incierto y frágil mientras estemos en la tierra, pero que la gracia hace posible al darnos la «plena libertad de los hijos de Dios» (VS 17).

## FE Y RAZÓN

Hemos señalado antes que la auténtica libertad exige una relación honesta con la verdad. Ahora bien, ¿es el hombre capaz de alcanzar la verdad? ¿Puede alcanzarla por sí mismo, o necesita la luz de la fe?



Vivimos en un mundo en el que el optimismo racionalista ha desembocado en desesperación (FR 91). La razón se ha doblegado sobre sí misma haciéndose incapaz de levantar la mirada hacia lo alto para atreverse a alcanzar la verdad del ser. Se ha difundido una gran desconfianza en la verdad. El hombre no confía en su propia capacidad cognoscitiva (FR 5), lo cual ha derivado en varias formas de agnosticismo y de relativismo.

Juan Pablo II, siguiendo la Tradición de la Iglesia, es un gran defensor de la razón. Podríamos decir que es, en nuestro tiempo, el mayor defensor de la razón. En la encíclica *Fides et ratio* afirma que la fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad (FR 0). Hay una profunda e inseparable unidad entre el conocimiento de la razón y el conocimiento de la fe (FR 16): las dos se necesitan mutuamente. La fe, don de Dios, a pesar de no fundarse en la razón, ciertamente no puede prescindir de ella; al mismo tiempo, la razón necesita fortalecerse mediante la fe para descubrir los horizontes a los que no podría llegar por sí misma (FR 67).

El hombre es *capax Dei*, pero es tentado continuamente a apartar su mirada del Dios vivo y verdadero y dirigirla a los ídolos, cambiando la «verdad de Dios por la mentira»; de esta manera su capacidad para conocer la verdad queda ofuscada y debilitada su voluntad para someterse a ella (VS 1). Pero, si el hombre con su inteligencia no llega a reconocer a Dios como creador de todo no se debe a la falta de un medio adecuado, sino al impedimento puesto por su voluntad libre y su pecado (FR 19).

Juan Pablo II proclama con total seguridad que uno de los servicios principales que la Iglesia presta a la humanidad es la diaconía de la verdad. Muchos le consideran prepotente e intolerante por atreverse a hacer semejante afirmación. Pero lo cierto es que la Iglesia, con su vida y su enseñanza, se presenta como columna y fundamento de la verdad (VS 27). Ha recibido de Cristo la verdad, la única verdad definitivamente válida para dar sentido a la existencia de todos los hombres y mujeres (FR 12). Esta verdad es una, aunque se haya formulado en la historia. La Iglesia debe esforzarse por conocer a los hombres de su tiempo, su cultura, su modo de pensar y de sentir, para poder así presentar la verdad de la fe cristiana del modo más adecuado a la sensibilidad y a los interrogantes del hombre de cada tiempo. Esta labor compete principalmente a la teología. Y la filosofía es asimismo un instrumento valioso e imprescindible para la profundización y transmisión de la fe.

## IGLESIA

Hemos dicho que las primeras palabras del pontificado de Juan Pablo II se refieren a Cristo. Y enseguida el Papa se refiere a la Iglesia. Para que los hombres puedan realizar el encuentro con Cristo Dios ha querido su Iglesia. Ella debe servir solamente para este fin: que todo hombre pueda encontrar a Cristo y pueda recorrer con él el camino de la vida (VS 7; RH 13).

Para Juan Pablo II el hombre es el camino de la Iglesia. La actividad misionera tiene como único fin servir al hombre, revelándole el amor de Dios que se ha manifestado en Jesucristo (RMi 2).

Lo cierto es que el mandato misionero confiado a la Iglesia está aún lejos de cumplirse. Incluso en Europa se necesita, de nuevo, un primer anuncio del Evangelio, pues cada día crece el número de personas no bautizadas y que no conocen a Cristo. De ahí la urgencia de la evangelización (RMi 1).

Cristo es el único Salvador de la humanidad, el único en condiciones de revelar a Dios y de guiar hacia Dios. La salvación no puede venir más que de Jesucristo (RMi 5). Y Cristo ha establecido su Iglesia como sacramento universal de salvación, como el medio ordinario para encontrarnos con Él y adherirnos a Él. Por eso el carácter misionero forma parte de la naturaleza de la Iglesia: el ser de la Iglesia es un ser de misión (TMA 57). La Iglesia no puede dejar de proclamar el Evangelio, es decir, la plenitud de la verdad que Dios nos ha dado a conocer de sí mismo (RMi 5).

Cristo murió por todos los hombres, por lo que debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de salvarse en la forma sólo por Dios conocida (RMi 6). De manera que los seguidores de otras religiones pueden recibir la gracia de Dios y ser salvados por Cristo independientemente de los medios ordinarios que él ha establecido. Ante esta realidad muchos se preguntan, ¿para qué la misión? (RMi 4). ¿Qué sentido tiene proclamar el Evangelio si, de todas maneras, todos se pueden salvar? El Papa señala que una de las razones más graves del escaso interés por el compromiso misionero es esta mentalidad indiferentista, ampliamente difundida, enraizada en concepciones teológicas no correctas y marcada por un relativismo religioso que termina por pensar que todas las religiones valen lo mismo (RMi 36). Es más, muchos caen en el error de reducir el cristianismo a una sabiduría meramente humana, casi como una ciencia del vivir bien, llegando incluso a secularizar la salvación y, por tanto, a concebir

una salvación sin Cristo (RMi 11). Pero lo cierto es que sólo Jesús salva, y salva al hombre integral. Esto sólo se comprende desde la fe. Por eso sólo en la fe se comprende y se fundamenta la misión de la Iglesia (RMi 4). La misión es como un termómetro que mide la intensidad de la fe de la Iglesia.

¿Para qué la misión? Porque Cristo nos lo ha mandado. Porque la Iglesia de Cristo es el único camino ordinario de salvación. Porque Cristo es la Buena Noticia y nos ha traído una vida radicalmente nueva, divina y eterna. Porque sólo en él se realiza la plena y auténtica liberación del mal, del pecado y de la muerte. Porque sólo en él puede realizar el hombre la plenitud de la vocación. El Papa nos lo recuerda constantemente: sólo Cristo revela plenamente el hombre al propio hombre (RMi 2).

Ésta es la Buena Nueva que cambia al hombre y la historia de la humanidad y que todo hombre tiene derecho a conocer (RMi 46). La fe exige la libre adhesión del hombre, pero debe ser propuesta, pues, las multitudes tienen derecho a conocer la riqueza del misterio de Cristo (RMi 8).

La Iglesia tiene el deber de hacer todo lo posible para desarrollar su misión en el mundo y llegar a todos los pueblos, pues ha recibido un mandato inequívoco de Cristo por el que tiene la obligación y el derecho de evangelizar a todos los hombres. Pero, del derecho a evangelizar no se deduce el derecho a imponer el ser oído. Por eso la Iglesia se dirige al hombre en el pleno respeto de su libertad. La Iglesia propone, no impone nada: respeta las personas y las culturas, y se detiene ante el sagrario de la conciencia (RMi 39).

El anuncio debe hacerse con una actitud de amor y de estima hacia quien escucha, con un lenguaje adecuado, adaptado a las circunstancias y a la cultura (RMi 25 y 44). La evangelización sólo es posible desde una profunda estima por el hombre, por su entendimiento, su voluntad, su conciencia y su libertad (RH 12). Los misioneros, desde el principio, han tenido muy presentes las expectativas y esperanzas, las angustias y sufrimientos, la cultura de la gente para anunciar la salvación en Cristo.

En la *Slavorum apostoli* el Papa propone a los santos Cirilo y Metodio como ejemplo de evangelizadores respetuosos y dialogantes. Hay que evitar la prepotencia y toda actitud negativa o despreciativa hacia las distintas culturas. La Iglesia debe distinguirse por su universalidad. Debe convertirse en la casa común donde todos se sienten a gusto, conservando su propia cultura y tradiciones siem-

pre que no estén en contraste con el Evangelio (RMi 24), aportando todo lo que hay en ellas de bueno (RMi 52), integrando el cristianismo sin pretender destruir nada, sino construir y unir.

El Papa anima a superar todos los falsos complejos y temores ante la misión evangelizadora (RH 4). No debemos temer que pueda constituir una ofensa a la identidad del otro lo que, en cambio, es anuncio gozoso de un don para todos: el don de la revelación del Dios-Amor que nos ha dado a su Hijo (NMI 56). La Iglesia debe estar segura de la Buena Noticia que proclama. Al mismo tiempo, debe partir siempre de un corazón humilde como el de Cristo y se debe guiar siempre por la verdad, reconociendo sus propios errores. Hay que destacar, en este sentido, la Liturgia del 12 de marzo de 2000, en la cual el mismo Papa Juan Pablo II, en la Basílica de San Pedro, fijando la mirada en Cristo crucificado, se hizo portavoz de la Iglesia pidiendo perdón por el pecado de todos sus hijos. Pero la Iglesia debe también reconocer los errores de los demás en sus falsas acusaciones. «La Iglesia del siglo XXI es más crítica frente a las diversas críticas desconsideradas, más resistente frente a las variadas “novedades”, más madura en el espíritu de discernimiento...» (RH 4).

La misión *ad gentes* tiene ante sí una tarea inmensa que se presenta desproporcionada respecto a las fuerzas humanas de la Iglesia. Las dificultades, tanto internas como externas, parecen insuperables y podrían desanimar, si se tratara de una obra meramente humana (RMi 35). Sólo la confianza que brota de la fe nos impide caer en el pesimismo y abandonar, pues tenemos la certeza de que no somos nosotros los protagonistas de la misión, sino Jesucristo y su Espíritu (RMi 36).

Efectivamente, el envío misionero de Jesús a los apóstoles es envío en el Espíritu: Cristo envía a los suyos al mundo, al igual que el Padre le ha enviado a él y por esto les da el Espíritu (RMi 22). En los diferentes relatos evangélicos del mandato misionero encontramos dos puntos comunes: el carácter universal de esta tarea «a todas las gentes»; y la certeza dada por el Señor de que en esta tarea ellos no estarán solos, sino que recibirán la fuerza y los medios para desarrollar su misión (RMi 23).

El Espíritu es el verdadero protagonista de la misión (RMi 21 ss.). Es el que impulsa a ir cada vez más lejos, para una misión verdaderamente universal. Además, el Espíritu mueve a los creyentes a la unidad, a hacer comunidad, a ser Iglesia. Sólo desde la unidad se puede dar testimonio del amor. La desunión escandaliza y provoca rechazo.

Por eso el camino de la Iglesia, de modo especial en nuestra época, está marcado por el signo del ecumenismo; los cristianos buscan las vías para reconstruir la unidad (RMa 29). Tanto el Concilio Vaticano II como Pablo VI dieron algunos pasos de gran importancia en este sentido. Pero el que ha dado pasos de gigante ha sido Juan Pablo II, plenamente consciente de que la unión de los cristianos es voluntad del mismo Jesucristo, tal como se desprende de la oración del cenáculo: «para que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti (Jn 17, 21). Ahora bien, el camino hacia la plena unidad no puede hacerse si no es en la verdad (RH 6).

La Eucaristía es el supremo Sacramento de la unidad del pueblo de Dios. En la celebración eucarística la Iglesia eleva su plegaria a Dios implorando la unidad de su pueblo (cfr. EE 43). Además, la Eucaristía nos proporciona las fuerzas para cambiar de vida, para que toda ella llegue a ser en cierto modo «eucarística». Precisamente, de este fruto de transfiguración de la existencia surge el compromiso de transformar el mundo según el Evangelio (cfr. EE 20).

No hay que olvidar que la misión no es sólo acción: antes y por encima de todo es testimonio e irradiación (RMi 26). El testimonio de vida cristiana es la primera e insustituible forma de misión (RMi 42). El hombre contemporáneo cree más a los testigos que a los maestros; cree más en la experiencia que en la doctrina, en la vida y en los hechos que en las teorías. Tanto el mensaje como la vida de la Iglesia deben estar completamente impregnados por el amor de Dios.

## *EL REINO DE DIOS*

En efecto, la salvación consiste en creer y acoger el misterio del Padre y de su amor, que se manifiesta y se da en Jesús mediante el Espíritu (RMi 12). Jesús lleva a cumplimiento el plan de Dios: Proclama e instaura el Reino mediante su encarnación, muerte y resurrección (RMi 13).

El Reino está destinado a todos los hombres y a todo el hombre. La liberación y la salvación que el Reino de Dios trae consigo alcanzan a la persona humana en su dimensión tanto física como espiritual. Así lo muestra Jesús con los dos gestos que caracterizan su misión salvífica: curar y perdonar (RMi 14). El Reino de Dios es la manifestación y la realización de su designio de salvación en toda su plenitud (RMi 15).

El Papa deja bien claro, ya lo hemos dicho, que el cometido principal de la Iglesia es lograr que el hombre se encuentre con Cristo. Pero el Reino exige también la promoción de los bienes humanos y de los valores evangélicos, porque están íntimamente unidos a la Buena Nueva (RMi 19).

En este sentido, el Papa nos recuerda que la Iglesia siempre ha sabido suscitar, en las poblaciones que ha evangelizado, un impulso hacia el progreso. De hecho, los misioneros son conocidos también como promotores del desarrollo por gobiernos y expertos internacionales, que se maravillan de los notables resultados que consiguen con tan escasos medios (RMi 58).

Esto es así fundamentalmente porque el mensaje evangélico lleva a la conversión del corazón y de la mentalidad; ayuda a reconocer la dignidad de cada persona; dispone a la solidaridad, al compromiso, al servicio de los hermanos; inserta al hombre en el proyecto de Dios, que es la construcción del Reino de paz y de justicia, a partir ya de esta vida (RMi 59 a).

El cristiano no puede desentenderse de las realidades terrenas, no puede quedarse «pasmado mirando al cielo» porque tiene un compromiso en la perfección del mundo. El cristianismo es un encuentro con Cristo, que es Dios, y si ese encuentro es auténtico, debe iluminar la forma de percibir toda la realidad, debe cambiar la forma de pensar y de comportarse, debe impulsar a perfeccionar el mundo, a construir un mundo mejor en el que reinen la Justicia y el Amor.

Hay que evitar caer en dos tentaciones opuestas pero igualmente contrarias a la doctrina cristiana: por un lado está la tentación de creer que podemos sacar las cosas adelante con nuestras propias fuerzas; por otro lado, está la tentación de pensar que Dios nos va a sacar las castañas del fuego. Dios nos pide una colaboración real a su gracia y, por tanto, nos invita a utilizar todos los recursos de nuestra inteligencia y capacidad operativa en nuestro servicio a la causa del Reino. Pero no se ha de olvidar que «sin Cristo no podemos hacer nada» (NMI 38). Sólo en Cristo encontramos la fuerza liberadora y el sentido de todas las cosas.

Por eso, el mejor servicio al hermano es la evangelización, que lo prepara a realizarse como hijo de Dios, lo libera de las injusticias y lo promueve integralmente. La misión de la Iglesia es ofrecer a los pueblos no un tener más, sino un «ser más», y sólo podemos llegar a la plenitud del ser en Cristo. El desarrollo humano auténtico debe echar sus raíces en una evangelización cada vez más profunda (RMi 58).

## MARÍA

Y quién mejor que María puede conducir al hombre hacia Cristo. Con María aprendemos a contemplar la belleza del rostro de Cristo y a experimentar la profundidad de su amor (RVM 1). Si en el ámbito divino el Espíritu es el Maestro interior que nos lleva a la plena verdad de Cristo, entre las criaturas nadie mejor que ella conoce a Cristo, nadie como su Madre puede introducirnos en un conocimiento profundo de su misterio (RVM 14). Por eso el Papa nos anima a seguir a Cristo en la escuela de María.

El Papa le dedica una encíclica, *Redemptoris Mater*, pero, como en María confluyen todos los temas centrales de la fe, encontramos referencias a ella en todas las encíclicas. María es como la encrucijada de la fe, el cruce de caminos en el que las principales verdades de nuestra fe se encuentran y se iluminan mutuamente.

María desempeña un papel particular e importantísimo en la obra de la salvación (RMa 7). Dios Padre quiso contar con el consentimiento de María, y ella aceptó. Nunca en la historia del hombre tanto dependió, como entonces, del consentimiento de una criatura humana (TMA 2). Este *fiat* de María ha decidido, desde el punto de vista humano, la realización del misterio divino. Pero no olvidemos que María ha pronunciado ese *fiat* por medio de la fe (RMa 13). En la encíclica *Redemptoris Mater* Juan Pablo II nos invita a seguir la peregrinación de la fe en la que la Santísima Virgen avanzó manteniendo fielmente su unión con Cristo (RMa 5).

Ella ha precedido la entrada de Cristo en la historia y precede constantemente a la Iglesia en su camino a través de la historia de la humanidad. María precedió, convirtiéndose en «tipo de la Iglesia... en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo». María resplandece como modelo de virtudes para toda la comunidad de los elegidos. Es la «estrella del mar» para todos los que siguen el camino de la fe (RMa 6).

María está presente en el camino a través de la historia de la Iglesia peregrina como la que es «feliz porque ha creído» (RMa 25). La fe de María puede parangonarse a la de Abraham. La fe de Abraham constituye el comienzo de la Antigua Alianza; la fe de María en la anunciación da comienzo a la Nueva Alianza. La anunciación representa el momento culminante de la fe de María, pero es además el punto de partida: María siguió paso a paso a Jesús en su maternal pe-

regrinación de fe (RMa 26). Ella está constantemente y diariamente en contacto con el misterio inefable de Dios que se ha hecho hombre. Pero no lo conoce como el Padre. María, la madre, está en contacto con la verdad de su Hijo único en la fe y por la fe. María es bienaventurada porque ha creído y cree cada día en medio de todas las pruebas y contrariedades (RMa 17).

Su fe no decayó ni siquiera a los pies de la cruz cuando las promesas del ángel sobre la grandeza de su Hijo (cfr. Lc 1, 32-33) quedaron cubiertas en tinieblas. Ella, esperando contra toda esperanza, creyó, y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta el final.

Y todo el amor y la entrega sin reservas que María había volcado desde el principio sobre su Hijo, después de la ascensión permanece en la Iglesia como mediación materna. María sigue cooperando en la acción salvífica de su Hijo intercediendo por los hombres y conduciéndolos hacia Cristo. La mediación de María está íntimamente unida a su maternidad, y sólo puede ser comprendida y vivida en la fe, sobre la base de la plena verdad de esta maternidad (RMa 38). María hace de mediadora entre su Hijo y los hombres no como una persona extraña, sino en su papel de madre, consciente de que como tal puede hacer presente al Hijo las necesidades y los sufrimientos de los hombres.

Esta relación materno-filial entre María y todos los hombres se orienta radicalmente hacia Cristo (RMa 46). Ella conduce a todos sus hijos hacia Cristo permitiéndoles reconocer cada vez mejor la dignidad del hombre en toda su plenitud y el sentido definitivo de su vocación, porque «Cristo... manifiesta plenamente el hombre al propio hombre» (GS 22).

Concluimos estas páginas con la convicción de que Juan Pablo II ha logrado, con sus enseñanzas y con su testimonio, conducir a la Iglesia hacia una nueva primavera cristiana. El Jubileo del año 2000, convocado y preparado por él mismo como un nuevo adviento, ha sido sin duda uno de esos tiempos fuertes de la Iglesia que seguirán dando muchos frutos en el futuro.

Mirando a Europa, recordamos las palabras del Papa en la exhortación apostólica *Ecclesia in Europa*, en la que llama a las comunidades cristianas del viejo continente a vivir e interpretar su inserción en la historia, con sus interrogantes y sus penas, a la luz de la victoria definitiva de Cristo. Cualquier intento de construir la ciudad de los hombres prescindiendo de Dios o contra Él nos conducirá, irremediablemente, a una derrota segura del propio hombre y de la convivencia



humana. Europa debe reencontrar a Cristo. Él es el Primero y el Último: en Él comienza, tiene sentido, orientación y cumplimiento toda la historia. Él está presente y actuando en su Iglesia. No hay que perder nunca la esperanza, pues más allá de toda apariencia, y aunque muchas veces no se vean los resultados, la victoria de Cristo ya se ha realizado y es definitiva (cfr. EIE 5).